

en 1632, y el príncipe de nuestro poeta nació de su mente antes de 1635. ¿Quién conoce ahora á Segismundo III? Su homónimo reina desde hace dos siglos casi, y probablemente reinará en tanto viva *La vida es sueño*.

Por otra parte, Calderon conocia indudablemente el modo de ser político de los Estados del Norte. El rey Basilio habla como rey de Polonia á su Parlamento, es decir, á la Dieta. En tiempo de Calderon, Rusia era el gran ducado de Moscovia, y en la comedia Astolfo es gran duque. Tambien en aquellos siglos Rusia estuvo sometida á la supremacía de Polonia, y alguna vez hasta á su dominacion: en la comedia Polonia aparece siempre como superior á Rusia: los príncipes de este país acuden á la córte polaca como á un centro superior en poder y cultura.

No busqueis tampoco el palacio del rey Basilio entre las ruinas góticas de que está cubierta la pátria polaca. Calderon eligió á Polonia para teatro de su accion dramática, porque en su tiempo era país de misterio y de consejas. Era comarca polar, el extremo nebuloso de Europa. Allí comenzaba el ensueño; más allá, en Moscovia, el terror. En todo el Norte de Europa se verificaba entónces una especie de deshielo de nacionalidades que atraia la atencion de las naciones meridionales. Aparecian allí pueblos no sospechados y otros que no habian intervenido en la vida europea desde las invasiones de los bárbaros; súbitos desbordamientos é inundaciones indicaban que más allá del Báltico y el Niemen se agitaba un Océano de hombres. Hablábase de Gustavo Wasa, de Gustavo Adolfo, de Ivan el Terrible, como de reyes fantásticos, no obstante que el segundo de esos reyes llegó con sus legiones al Rhin. En Polonia reinaron por entónces dos Segismundos.

En cuanto á este país, tuvo en algun tiempo costas sobre el Báltico y sobre el mar Negro, lo cual es sensible para los detractores de Calderon. De todas suertes, un poeta no tiene obligacion de saber geografía; un crítico sí.

En el siglo xiv y en el siglo xv casi siempre poseyó Polonia extensas costas sobre el Báltico y el mar Negro. Sobre el Báltico tenia la Samoyicia, sobre el mar Negro la Podolia. En los mapas del tiempo de Carlos V, en 1556, Polonia aparece señora de la costa del Báltico, desde Dantzick hasta Memel.

En el siglo xvii, en tiempo de Calderon, seguia poseyendo Polonia, cuando ménos, las costas del Báltico: como que poseia casi todas las de la Prusia actual, desde la Pomerania á la Curlandia. No era, pues, Calderon tan ignorante en estas materias, como tambien en otras muchas en que hoy se le concede escaso crédito. Somos celosos de toda supremacía: escatimamos al génio el saber, al saber el génio, y estas raterias parece que nos consuelan de nuestra inferioridad.

Por lo demás, si el teatro de los sucesos está fijado por el poeta en Polonia, la época no la indica en manera alguna. Parece que el hablar de armas de fuego señala ya una fecha que debió caer dentro del siglo xv á lo más. Tal debió ser la mente de Calderon; pero ¿qué importan estos datos para el efecto del poema y su trascendencia en la historia de la literatura? No fatigaremos al lector con erudicion tan fácil como intempestiva.

VI

El rey Basilio es casi un rey oriental, uno de aquellos reyes pastores de las llanuras del Asia menor, de que nos habla la Biblia. Es un rey patriarcal y Mago, atento á los grandiosos y sobrenaturales fenómenos del cielo, y al cuidado de la dicha de su pueblo, sometido como él al influjo de los astros. La figura del rey Basilio es más que venerable; es sagrada. Hay en él algo de Pontífice, que oficia en mágica torre, con su tiara cuajada de constelaciones, su blanca y larguísima barba desgredada por el viento del infinito. Tiene una especie de serenidad estelar. Habla como si bajase de las alturas de un Sinaí con los decretos del destino en la mano. Su grandioso palacio, batido por el mar, próximo á siniestras montañas, está lleno de prodigios y de fantasmas. En la terraza de aquel palacio el rey conversa con el astro. Ve desde allí los aterradores cometas, las auroras boreales, los eclipses, la luz que nace, la sombra que huye. De sus contemplaciones resulta el presagio. Vive más que en la tierra en los cielos. Tuvo un hijo, que al nacer mató á su madre, y allí yace sepultado en el seno de los montes, donde á veces se vuelven sus ojos preñados de lágrimas. Se envenenó para él la vida en sus mismas fuentes, en la mujer. Vivió abstraído en sus contemplaciones, *más inclinado á estudios, dice Astolfo, que dado á mujeres*. Las únicas inquietudes que le asaltan son la suerte de su pueblo, que rige más como padre que como rey, y las desventuras de aquel hijo á quien el cielo condena á perpétua clausura, y por el cual su viejo corazón llora amargamente. Colocado á tanta altura sobre los hombres, tiene de rey lo poco que le deja la sabiduría. Es un pastor de hombres. Nada más conmovedor que el final de su bellissimo parlamento de la primera jornada:

Esto como rey os mando,
 Esto como padre os pido,
 Esto como sábio os ruego,
 Esto como anciano os digo;
 Y si el Séneca español,
 Que era humilde esclavo, dijo,
 De su república, un rey,
 Como esclavo os lo suplico.

Y en efecto, tiene Basilio de rey el poder, de padre el afecto á sus pueblos, por quienes sacrifica á su propio hijo, de sábio la modestia, de anciano la prudencia, de esclavo la humildad. Jamás poeta alguno ha creado figura régia más venerable, hasta en sus errores, y jamás la historia tampoco ha ofrecido á los hombres rey como el rey Basilio. Salomon, comparado con él, es vanidoso, David mundano, Nestor un charlatan, el rey Lear un loco furioso. La plenitud de la majestad real, y entendemos por tal el poder concedido á un hombre sobre los demás hombres, brilla con sin igual resplandor en el rey Basilio. La majestad no la dá el predominio de las grandes pasiones tiránicas que imponen respeto á la especie humana. Majestad es superioridad en todo; ser mayor que todos es ser majestuoso. Mayor en el poder y en la humildad, mayor en el saber y en la modestia. Por esa rara combinacion de sublimes cualidades, la creacion calderoniana es majestuosa. El rey Basilio tiene la majestad de Salomon

en el trono, de Job en el estercolero. Parécenos que en él quiso darnos Calderon su bello ideal de un rey. No en vano le llamó Basilio; βασιλεύς, rey.

Con profunda ternura ama el rey á Segismundo. Lo ha sacrificado á la salud de su pueblo, mas no se resigna á que la sentencia sea definitiva. Quiere probar si han mentido las estrellas, y por si su comportamiento confirma el celeste presagio, le saca del sueño para volverle al sueño, de suerte que crea despues que aquel poder, que aquella libertad de que ha disfrutado sólo son el ensueño de su sueño. ¡Prevision paternal en la que Calderon dice cuanto puede decirse de un padre! En otra escena el rey se retira sin proferir una palabra, con aquel mutismo tan celebrado en el poeta clásico. Acaba de despertar Segismundo en su prision, de nuevo cargado de cadenas, y al primer lamento que le arranca la pena, rómpese el corazon del padre, inmútase su rostro venerable, y con ademan de supremo dolor, tanto más profundo cuanto más silencioso, se retira mudo y sombrío.

Y despues, vencido por la generosidad de aquel hijo, vencedor de los hados, ¡con qué entrañable grito de pasion paternal le abre los brazos y le estrecha sobre su seno! No hay nada parecido á ese momento del poema en las creaciones del arte griego, superior en lo de pintar la profundidad de los efectos humanos.

VII

Los demás personajes de la comedia forman un grupo bellissimo, de proporciones en alto grado artísticas. Rosaura, amazona ardientísima; Estrella, princesa ideal y fria; Clotaldo, anciano venerable en quien el antiguo honor vive; Astolfo, mancebo galante y vanidoso, y en el fondo Clarin, sonriendo.

Rosaura es encantadora y terrible como la Vénus armada de los antiguos. Tiene de mujer la pasion y el vago perfume que embriaga á Segismundo, pero es adusta, varonil, vengadora de su honor. Ciñe espada y presenta la acerada punta á quien la requiere de amores. Es una española, llevada por un capricho del poeta á Polonia. Nos la imaginamos morena, de ojos centelleantes, de labios rojos, con lava en vez de sangre bajo la tez, poco sensible á los halagos del amor desde el punto en que tocó el desengaño. Es firme y decidida, y no desmiente ni un momento su carácter. Resiste fieramente á Segismundo, lucha á brazo partido con Astolfo, ruega á Clotaldo que dé muerte al príncipe moscovita, se basta á sí misma contra todos, acude despues armada al campo de Segismundo en demanda de venganza. Diríase que Calderon tuvo en Rosaura presente á alguna de las heroínas de Ariosto.

Forma singular contraste con este carácter el de Estrella, vaga aparicion que ilumina con luz suave y pura el poema. Toda amor, ternura y coquetería, si se enoja llora, si se apasiona rie. Los furores de Medea que agitan á Rosaura le son desconocidos. Marcha por senda de flores con la calma de los afortunados, sin espasmos voluptuosos, ni parasismos de iracundia. Habituada á la galantería exquisita y un tanto vanal de Astolfo, más la sorprende que enoja el atrevimiento de Segismundo. Difícil es que estas dos naturalezas se comprendan, y puede augurarse que una vez

enlazados no se han de consumir en el mismo fuego. Y sin embargo, al arrebatado Segismundo conviene la recatada Estrella, así como al prudente Astolfo cuadra la romancesca Rosaura. Complétanse estas parejas por la semejanza de los caracteres. La antítesis que resulta es de un efecto bellissimo. Véase cómo, contra lo que acostumbra Calderon, aún en los personajes secundarios de este poema diversifica los caracteres y los contrapone con habilidad suma.

Astolfo es un príncipe caballeresco, valiente, generoso, y en medio de estas buenas cualidades, profundamente corrompido. Quiso Calderon oponer esta naturaleza, muelle y refinada por la educacion, al asperísimo é inculto Segismundo. Este tiene la embevecida amargura, y tambien la pureza de las olas del mar; aquél, brillante como el cristal de un lago, oculta en su fondo el cieno de las pasiones humanas. Astolfo es el hombre de la sociedad, Segismundo el hombre de las soledades. Segismundo, homicida en un raptó de cólera, violentador de una mujer en un instante de pasion, no habria seducido con artes de galanteador, de él ignoradas, á Rosaura, ni la hubiese abandonado despues para contraer más ventajoso enlace.

Astolfo no ama siquiera. El deseo le llevó á los brazos de Rosaura, la vanidad y la ambicion á los de Estrella. Como las mujeres superiores suelen gustar, en virtud de la ley de las compensaciones, de hombres de baja estofa moral, Rosaura desdeña al sublime Segismundo, y persigue loca de amor al veleidoso y vulgar Astolfo. La cultura brillante de éste, su versatilidad, su frio amor, atraen fatalmente á la apasionada Rosaura, en tanto que la majestad salvaje y la rudeza de Segismundo le inspiran repulsion y hastío. ¿Ni qué tiene ella que buscar fuerza y pasion sintiéndola bullir en su seno? Más bien completan su naturaleza la inconstancia y las facultades amables y ligeras que embellecen la existencia, sin elevarla á peligrosas alturas, donde sólo las almas grandes hallan aire respirable.

Clotaldo, fuera de este círculo, está bien en el grupo que forman el rey Basilio y su córte, de rodillas á los piés del monarca, sirviéndole con acrisolada lealtad, siendo el brazo de aquella inteligencia superior. Brillan en Clotaldo las más sutiles nociones del honor, que eran en el siglo xvii preocupacion constante de las gentes cortesanass. Luchan en él los deberes paternales con los del vasallo, con innatural pero bellissima violencia. Ama á Segismundo y le consagra pensamientos de ternura casi paterna. Lo ha criado y llora sus extravíos, así como despues aplaude entusiasta su rehabilitacion y heroismo. Aquellas leyes del honor, que tantas distinciones establecian, le enredan en sutiles redes cuando trata vengar la ofensa de su hija. Pueden más en él las razones del vasallo que las de la ira y la venganza. En su diálogo con Rosaura fluctúa entre opuestos sentimientos. Por su parte Rosaura demuestra esquisita finura de sentidos. Así como Segismundo adivina en Rosaura la mujer, Rosaura adivina en Clotaldo el padre:

...no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto.

Clotaldo participa algo de las ideas de su rey y señor Basilio. Vive como él en el

mundo sobrenatural y mágico de la astrología, áun cuando en puesto inferior. Para él tambien

Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

Rie á mandíbula batiente, con inextinguible buen humor, Clarin, el gracioso de la comedia. Y nótese con cuánta sobriedad interviene Clarin en la sublime accion del poema. La costumbre, más que el convencimiento, obligó á Calderon á introducir en escena al gracioso. Y sin embargo, ¡cuánto perderia *La vida es sueño* sin ese personaje gesticulador y sonriente, si Calderon, más atento que á la realidad al buen gusto convencional de los retóricos, lo hubiese relegado como poco digno de tomar parte en tan noble drama! Clarin es esencial á *La vida es sueño*. Es el único personaje que representa lo real en medio del desvarío de los ensueños. Aun cuando como hemos indicado interviene en la comedia mucho ménos que otros graciosos en otras comedias, derrama en ella la sal ática del sarcasmo y la luz del buen sentido. Es un bufon filósofo práctico cuando extraña la inquietud de Segismundo, pues él por su parte no se preocuparía mucho de ser príncipe en Polonia. Muéstrase filósofo moral cuando dice que es *un grande agradador de todos los Segismundos*, es decir, de todos los príncipes ganosos de adulaciones. Como Sancho Panza, paga los desatinos y locuras del príncipe y de su ama. Vése encerrado en una torre por lo que sabe y á nadie ha dicho, él, charlatan perpétuo. Su craso materialismo estalla en sarcasmos en la soledad de su prision, y el *quid pro quo* confundiéndole con Segismundo aumenta su humorismo, que rie de las insensateces humanas. Pero Calderon hace que hasta la suerte de ese pobre bufon sea trágica y predestinada. Le mata cuando justamente cree hallar en su miedo seguro refugio contra la muerte. Así, hasta el gracioso, contra lo usado en las comedias, se somete á la predestinacion que domina en el poema. Clarin, que de todo rie, confirma las leyes del destino, desmentidas por Segismundo.

VIII

El monólogo de Segismundo de la segunda jornada, es el monólogo del deslumbramiento. En pocos versos expresa el mayor de los asombros. Es el despertar de Adan en el Paraiso. En vez de la caverna el palacio, flores en vez de cadenas, muchedumbre donde habia soledad, hartura donde privaciones, melodiosas orquestas despues del bramar del viento y del trueno.

Penetra en la escena como un poseido. Va y viene, palpa las ricas vestiduras que le cubren, los muebles opulentos, las admirables tapicerías; como fiera suelta y hambrienta, precipítase, tendida la melena y centelleante la pupila, sobre la orgía que le espera.

El poeta hace hablar á su héroe de admirable manera. No es personaje romancesco que para producir efecto se expresa en lenguaje elevado y sentencioso. Segismundo tiene la profunda realidad de un hombre lanzado en el drama, como en la vida real.

Así es que al contemplarse despierto en medio de los esplendores de la corte, después de haber vivido la vida del salvaje, por más que estuviese instruido en las ciencias y aleccionado en la experiencia que pueden enseñar los libros, rompe Segismundo en acentos que se conforman con su natural grosero é incivil.

No es el príncipe el que habla, ni tampoco el discípulo de Clotaldo y de la naturaleza, sino el hombre primitivo, suelto repentinamente, y víctima de los espejismos de un sueño, en plena realidad social.

Y de tal suerte Calderon aspira á darle ese carácter, que hasta en las palabras y frases que emplea Segismundo se nota la rusticidad de su carácter. Los personajes serios de Calderon usan de palabras escogidas y atildadas no pocas veces gongorinas. Segismundo al despertar es casi ménos delicado en la eleccion de sus palabras que Clarin.

Véase en las siguientes frases de su monólogo si no hay la manera dura é incorrecta que usa el pueblo, y que repite el príncipe-pueblo:

Yo despertar de dormir...
Que me sirva de vestir...
Decir que sueño es engaño...
¿Quién me mete á discurrir?...

Pudiera ser casual ese estilo popular puesto en boca de un príncipe y de un sábio, si por otra parte el fondo de las ideas manifestadas por Segismundo en su monólogo, no fuesen ya por sí sólas de un materialismo craso y de una imprevisión záfia:

Dejarme quiero servir
Y venga lo que viniere.

Esta frase, subrayada por la sonrisa idiota del que deslumbrado por acontecimiento imprevisto lo deja todo en manos de la inconstante suerte, cuidando poco de las consecuencias prósperas ó adversas de la aventura en que se ha enredado, es en alto grado propia del príncipe Segismundo. Esto hace Clarin, más tarde, cuando se ve convertido en príncipe apógrifo. Esto hace Sancho Panza cuando en la Insula se le tributan honores inusitados. La naturaleza ha querido que el hombre sea en su raíz más honda un animal, y así Segismundo en esa escena se muestra igual á Clarin y por debajo de Sancho Panza. Mas ¡cómo centellean la sensibilidad y la inteligencia humanas en torno del rudo instinto del bruto! ¡Qué exclamaciones de estupor! ¡Qué rugidos de placer! ¡Qué contraste tan bello, qué lucha tan colosal entre el recelo y el deleite, la certidumbre y la duda! ¡Y con qué rapidez y sobriedad expresado todo! Nada de descripciones, ni de largos discursos, ni de vaga meditacion. Tan pronto visto como sentido, tan pronto sentido como expresado el efecto del mundo real en las penumbras del sueño.

Segismundo comprende en seguida que sus dudas no tienen solucion por el momento, y que sólo la experiencia puede dársela; mas como hombre sin freno moral, ni práctica de la vida, comienza á mostrar inmediatamente su nativo y violento carácter.

Fuerte, áspero y más propenso al furor que á la suave tristeza, prefiere la vibracion guerrera de las músicas militares al blando plañir de los coros que hablan con

voces de consuelo á su inquieto espíritu, y despide mal humorado á los cantantes que le rodean.

Viene Clotaldo, su carcelero, que más prudente que el rey, no queria hacer la temerosa prueba; y Segismundo, comprendiendo el misterio que le rodea, muestra su arrogancia y su poder, y á manera que el pueblo al romper sus cadenas y erigirse en soberano, venga ante todo sus agravios, precipítase, daga en mano, sobre Clotaldo, que se retira profiriendo la frase primera que debe recordar al príncipe la posibilidad del sueño. Pero no le presta oídos, ha llegado al colmo de su irritacion; sólo logra calmarle Clarin con una burda frase aduladora, que trae la risa á sus lábios y le reconcilia por el momento con la humanidad en lo que tiene de más miserable y bajo, en la vil ralea de los cortesanos. ¡Con qué interés y satisfaccion pregunta el príncipe al lacayo que le adula: *¿Quién eres tú, di?* Y luégo añade, sin parar mientes en lo grosero de la respuesta:

Tú sólo en tan nuevos mundos
Me has agradado.

Y Clarin replica con sarcasmo refinadísimo:

Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

Así se forman las privanzas reales, así en las gradas del trono ó en la tribuna de las arengas, la adulacion infame y desmedida enloquece á príncipes y pueblos y les embriaga con incienso de lisonja: así el gran poeta muestra que para el papel de cortesano no bastan tributos de respeto y de adhesion comedidos y razonables, sino que han de llevarse los halagos hasta el absurdo: ante un trono ocupado por un déspota, no basta estar de rodillas, sino que es preciso besar el polvo y arrastrarse por el lodo. Así siempre lograron su objeto los cenagosos cortesanos con los reyes, los viles demagogos con los pueblos. La noble independenciam que con su oposicion ó su silencio reprueba ó no asiente al ménos á los deseos sin freno del poder, el que le concede no más respeto que el que naturalmente inspira, y no busca en el vocabulario impudente de la adulacion las palabras, las frases que se arrastran, ya puede esperar, que si entró por la puerta saldrá por la ventana.

Así terminan, en efecto, las severas amonestaciones del cortesano digno que pone reparos á los excesos del príncipe: así la cortesanía lisonjera de Astolfo de nada le sirve para evitar desabridas respuestas del poderoso.

Respecto á la belleza artística de esas escenas, júzguela el lector. El auditorio constantemente se exalta y aplaude las frases que el poeta pone en lábios de Segismundo. El sublime: *¡Mayor soy yo!* el: *diré á Dios que no os guarde*, el: *Pues en dando tan severo...* serán, en tanto la muchedumbre se apasione por el arte, de grandísimo efecto, por que pintan con admirables brochazos y vivo color todo un carácter y toda una situacion. Y es que en las obras de arte el estilo es todo. A la manera que en un cuadro los efectos de luz determinan más que el dibujo y que el color la belleza, así en una obra poética el estilo hace los efectos de la luz y arranca el grito de admiracion á las almas sensibles y cultas.

IX

La aparición de Estrella lleva á Segismundo á otro órden de ideas y de sentimientos. Queda como absorto ante la belleza de la mujer, que, segun despues dice confidencialmente á Clarin, es la más admirable de cielo y tierra. Sólo la mujer le sorprende de cuanto ve en aquel mundo nuevo: todo lo demás lo tenia previsto.

Así no es de extrañar, que al dirigirse á Estrella, su lenguaje, hasta entónces grosero y violento, se idealice y colore con todos los matices del iris. Su galantería se hace tan expresiva como la del mismo Astolfo, con más el acento conmovido y balbuciente de un novicio en amores. Su atrevimiento, sin embargo, ofende á Estrella, que no está habituada á que á las palabras sucedan tan pronto los halagos, y á que las manos pretendan completar la pasión que el lábio expresa. Verdad es que Segismundo no procede como disoluto, sino como ignorante de las leyes sociales. Tanto la princesa como el cortesano, que persigue á Segismundo con sus severas amonestaciones, pudieran ser más indulgentes con un pobre mónstruo, en los montes criado entre cadenas, y que acaba de recobrar su libertad, y con ella el poder de servir á sus sentidos, ávidos de regalo y de emociones. Mas la sociedad nunca toleró las demasías que repugnan á sus costumbres y que rompen el freno puesto á la pasión. Si Segismundo en vez de estrechar la mano á su prima, la hubiese tratado con frio y ceremonioso respeto, sin perjuicio de desplegar despues los recursos de la seducción, hasta dar en tierra con su virtud, córte y pueblo habrían visto natural y plausible su conducta; pero de buenas á primeras asir de la mano á la doncella, y ante el mundo revelar con franqueza salvaje el sentimiento, ó mejor dicho, la sensación que le domina, y convertir así una recepción oficial de palacio en escena amorosa del género realista, no era posible que se tolerase en buena moral y en la *buena sociedad*, como decimos ahora.

Estrella, por toda reprimenda, le dice: *Sed más galan cortesano*; que es como invitarle á la seducción cortés, al galanteo corruptor, que si no mata como el rayo, ahoga como la serpiente. Segismundo cree de buena fé no haber faltado á ninguna conveniencia, y en su punto de vista, cualquiera se encolerizaría de las ingerencias del cortesano.

La escena que sigue entre el príncipe y el rey, es grandiosa. ¡Qué diálogo! Padre é hijo, frente á frente, tienen de qué reprocharse. Ambos se muestran sublimes en aquella confrontación trágica. El padre habla del cielo, el hijo de la tierra. El hijo injuria, el padre reprende.

En esta admirable escena, la figura de Segismundo sigue siendo naturalísima, á pesar de su violencia. Segismundo trata á su padre con la rudeza propia de sus antecedentes. Dejando aparte las vanalidades morales que corren como cosa incontrovertible, es lo cierto que el amor filial en el hombre no está á la altura en intensidad ni en delicadeza del amor paternal. Y tanto en este como en aquel, el hombre no se halla más adelantado que los animales de las especies superiores. Esos afectos originados por los lazos de la sangre, suelen aflojarse extraordinariamente por causas externas. La *fuerza de la sangre*, sobre la que Cervantes ha escrito bellísima novela, no

es tan decisiva como vulgarmente se cree. Muchos hijos, muchos padres, no sienten latir esa misteriosa fuerza con el brio y la espontaneidad que supone el inmortal novelista. Suele ser en la mayoría de los padres y los hijos vago instinto que la educación, el trato, los sacrificios mútuos, perfeccionan hasta elevarlo á la categoría de sentimiento; pero sin esas circunstancias, duerme en el alma y sólo se manifiesta en momentos extraordinarios. La ciencia popular de la vida, en esto como en todo superior á la ciencia de los libros, ha comprendido admirablemente esas relaciones fundamentales de la familia humana. *El trato, dice, engendra el cariño.*

Y no obstante, Segismundo se expresa y piensa como hijo: sabe el amor y el respeto que debe á su padre, y en medio de su iracundia natural, contiénesese mucho, y no por cierto á causa de las venerables canas de Basilio, pues no respeta las de Clotaldo, sino porque siente vivo y latente en su seno el amor filial que le impide extremar sus furores.

Su argumentacion vigorosa, inflexible, justa, equitativa, y en la que sólo falta el amor, se dirige contra su padre, hiriéndole en el corazon sin piedad. Habla el lenguaje de la razon, y su padre no puede oponerle otra cosa que sus apelaciones al cielo y sus creencias supersticiosas en la astrología. Así Segismundo se hace fuerte en su derecho, sin considerar lo que debe á los sentimientos filiales. Y como siempre se dá la razon á quien la expresa con vehemencia, el espectador aplaude á Segismundo, sin dejar de compadecer y admirar á Basilio.

Difícilmente se hallará en el teatro de nacion alguna escena parecida, entre un padre y un hijo, con mayor vigor escrita, con más profundidad pensada. Basilio comprende que nada tiene que oponer á la lógica de su hijo, si no es un consejo aplicable á toda la vida humana:

Mira bien lo que te advierto,
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando
Aunque ves que estás despierto.

Ser humildes y blandos en la vida: tal es la suprema sabiduría, la sentencia más alta y el consejo más sublime que puede darse al hombre extraviado por el desvarío de las pasiones.

X

Y hé aquí á Clarin y á Segismundo, mano á mano, conferenciando sobre la beldad de la mujer. El príncipe es digno del lacayo, y el lacayo del príncipe. Entre el sublime Segismundo y el grotesco Clarin, existe misteriosa simpatía. Diríase que, como Sancho y Don Quijote, se completan y agradan. Clarin no contradice los delirios y las fantasías de Segismundo, y éste no oye las ineptias de Clarin, desvanecido como está por su lisonjero incienso, donde todos, su padre, sus parientes, Clotaldo, los cortesanos, le motejan é injurian. En la soledad de su espíritu recrease en conversar con Clarin, único que logra seguirle el humor y agradarle en tan nuevos mundos. Ins-